

Lewis Carroll

Alicia en el País
de las Maravillas

A través del espejo
y lo que Alicia encontró
al otro lado

Ilustraciones de John Tenniel
Traducción de Jaime de Ojeda

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland y Through the Looking Glass and What Alice Found There*

Primera edición: 1970
Cuarta edición: 2013
Séptima reimpresión: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Ilustración: John Tenniel

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Jaime de Ojeda
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

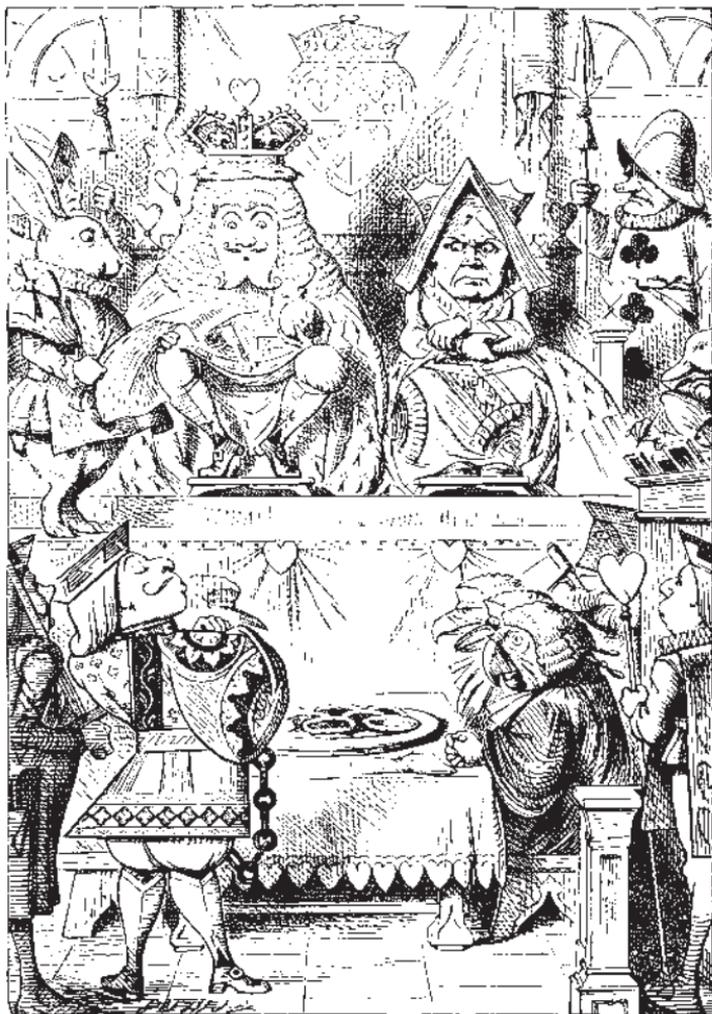


ISBN: 978-84-206-1018-4
Depósito legal: M. 38.872-2012
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Alicia en el País
de las Maravillas



Surcando la tarde dorada

*Surcando la tarde dorada¹,
nos lleva, ociosos, el agua,
pues son bracitos menudos
los que empuñan los remos
pretendiendo en vano con sus manecitas
guiar nuestro curso errante.*

*¡Ah! ¡Qué crueles las tres!
Sin reparar en el bálsamo de aquel día
ni en el ensueño de aquella hora,
¡exigen un cuento de una voz sin aliento
que ni una pluma puede soplar!
Pero ¿qué podría voz tan débil
contra el porfiar de esas tres?*

*Prima, imperiosa, fulmina su edicto:
«¡Que empiece el cuento!»
Secunda, con tono más amable, desea
«que no sean tonterías».
Mientras que Tertia interrumpe el cuento
no más de una vez por minuto.*

*Impuesto, al fin, el silencio
la imaginación las lleva
en pos de esa niña soñada
por un nuevo mundo de raras maravillas
en el que los pájaros y las bestias recobran el habla
¡y casi creen estar allí de veras!*

*Y cada vez que ese desgraciado intentaba,
agotada ya la fuente de su invención,
aplazar la narración hasta el siguiente día:
«El resto será para la próxima vez...»
«¡Ya es la próxima vez!», a coro las tres.*

*Así fue surgiendo el País de las Maravillas
poco a poco; y una a una
el cincelado de sus extrañas peripecias...
Y ahora que el relato toca a su fin,
también el timón nos guía de vuelta al hogar;
alegre tripulación, bajo el sol que se pone.*

*¡Alicia! Recibe este cuento infantil
y deposítalo con mano amable
allí donde descansan los sueños de la niñez
entrelazados en mística guirnalda de la Memoria
como las flores ya marchitas
ofrenda de un peregrino
que las recogiera en una lejana tierra.*

Por la madriguera del Conejo

Alicia estaba empezando ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río sin hacer nada: se había asomado una o dos veces al libro que estaba leyendo su hermana, pero no tenía ni dibujos ni diálogos, y ¿de qué sirve un libro si no tiene dibujos o diálogos? se preguntaba Alicia.

Así pues, se puso a considerar (con algún trabajo, pues con el calor que hacía aquel día se sentía adormilada y torpe) si el placer de tejer una cadena de margaritas le valía la pena de levantarse para ir a recogerlas, cuando de golpe saltó corriendo cerca de ella un conejo blanco de ojos rosados.

La cosa no tenía nada de *muy* especial; pero tampoco le pareció a Alicia que tuviera nada de *muy* extraño que el conejo se dijera en voz alta: «¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!» (cuando lo pensó más tarde, decidió que, ciertamente, le debía de haber llamado

mucho la atención, mas en aquel momento todo le pareció de lo más natural); pero cuando vio que el conejo se sacaba además, *un reloj del bolsillo del chaleco*, miraba la hora y luego se echaba a correr muy apresurado, Alicia se puso en pie de un brinco al darse cuenta repentinamente de que nunca había visto un conejo con chaleco y aún menos con un reloj de bolsillo. Y, ardiendo de curiosidad, se puso a correr en pos del conejo a través de la pradera, justo para ver cómo se colaba raudo por una madriguera que se abría al pie del seto.



Un momento después, Alicia también desaparecía por la madriguera, sin pararse a pensar cómo se las iba a arreglar para salir después.

Al principio, la madriguera era como un túnel que se extendía hacia adelante, pero de pronto torció hacia abajo, tan inopinadamente que Alicia no tuvo tiempo ni para pensar en detenerse y se encontró cayendo vertiginosamente por lo que parecía un pozo muy profundo.

Sea porque el pozo era en verdad muy profundo, sea porque en realidad estaba cayendo muy despacio², la cosa es que, a medida que descendía, Alicia pudo mirar alrededor de sí con toda tranquilidad y preguntarse qué es lo que le iba a suceder después. Primero intentó mirar hacia abajo para ver adónde iba a dar: pero estaba todo demasiado oscuro; luego se fijó en las paredes del pozo y observó que estaban cubiertas de armarios y anaqueles; aquí y allá se veían también mapas y cuadros colgados de algún clavo. Mientras caía, Alicia alcanzó a coger un jarro de una repisa y vio que tenía una etiqueta que decía: «MERMELADA DE NARANJA», pero con gran desilusión descubrió que estaba vacío. Como tenía miedo de que si tiraba el jarro a lo mejor le rompía la crisma a alguien que anduviera por abajo, se las arregló para dejarlo en uno de los armarios a cuyo lado estaba pasando a medida que seguía cayendo.

«¡Vaya! –pensó Alicia–, después de una caída como ésta, bajar rodando por las escaleras de casa me parecerá de lo más natural. ¡Qué valiente van a pensar que soy! ¡Anda, como que si me cayera del tejado tampoco diría nada!» (lo que a nosotros nos parece más que seguro).

A todo esto, Alicia seguía cayendo, cayendo y cayendo. ¿Quizás no terminaría *nunca* de caer? «Me gustaría saber cuántas millas habré descendido ya –dijo en voz alta–. Tengo que estar llegando ya bien cerca del centro de la tierra. Vamos a ver, me parece que está a 4.000 millas de profundidad... –(es que, como se ve, Alicia había aprendido bastantes cosas como éstas en la escuela, y aunque no era el momento *más oportuno* para presumir de sabionda, puesto que nadie la estaba escuchando, de todas formas el repetirlo le servía de práctica)– ... sí, ésa me parece que es la distancia...; pero entonces me pregunto: ¿a qué latitud y a qué longitud habré llegado?» (Alicia no tenía ni la menor idea de lo que era la longitud, ni tampoco de lo que era la latitud, pero le parecieron unas palabras bien imponentes para decir en ese momento.)

No tardó en reanudar sus cavilaciones: «¡A lo mejor caigo a través de *toda* la tierra! ¡Qué divertido será surgir de golpe por donde vive toda esa gente que anda sobre la cabeza! Los *antipáticos*, según me parece... –(esta vez sí que se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque algo no le sonaba bien en lo que había dicho)– ... pero entonces –prosiguió–, tendré que preguntarles cómo se llama el país en que viven: “por favor, señora, ¿podría decirme si esto es Nueva Zelanda o estamos más bien en Australia?”» (Y mientras hablaba intentó una leve genuflexión como si de verdad estuviera ante una dama... ¡Imaginaos! ¡Haciendo reverencias mientras caía por el aire! ¿Podrías hacerlo vosotros?) «¡La pobre señora se va a quedar horrorizada de tanta ignorancia! Así que eso no me conviene nada; será mejor que lo vea escrito en alguna parte.»

Y, a todo esto, seguía cayendo, cayendo y cayendo; y como no había otra cosa que hacer, al rato Alicia se puso a hablar otra vez: «¡Ay! ¡Cómo me va echar de menos Dina esta noche!» (Dina era el gato de casa.)³ «Espero que se acuerden de darle su platito de leche a la hora de cenar. ¡Ay, mi querida Dina! ¡Cómo me gustaría tenerte aquí abajo conmigo! Aunque, ahora que lo pienso, por el aire no hay ratones... pero podrías cazar murciélagos en cambio, que después de todo, ¿sabes?, se parecen mucho a un ratón. Pero ¿comerán murciélagos los gatos? ¿Quién sabe?»

Al llegar a este punto, sin embargo, Alicia comenzó a sentirse muy dormida, y continuó diciendo así, entre sueños: «¿Comerán murciélagos los gatos? ¿Comerán murciélagos los gatos?», y a veces también se le escapaba un «¿Comerán gatos los murciélagos?» pues, como veréis, ya que no sabía cómo contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba cuál de las dos se hiciera.

Alicia sentía que se estaba durmiendo del todo y estaba justo empezando a soñar que se paseaba con Dina de la mano, y que le preguntaba con mucha ansiedad: «A ver, Dina, dime la verdad, ¿te has zampado alguna vez un murciélago?», cuando de golpe y porrazo cayó con gran estrépito sobre un montón de palos y hojas secas; la caída había terminado.

Alicia no sintió el menor daño y se puso en pie de un brinco. Miró hacia arriba pero no se podía ver nada en esa oscuridad; delante de ella se abría otro largo pasadizo y por allí alcanzó a ver al Conejo Blanco, que se alejaba corriendo apresuradamente. ¡No había que perder ni un momento! Así que Alicia, sin pensarlo más, corrió

veloz tras él y llegó justo a oírle exclamar, antes de que doblara un recodo: «¡Ay! ¡Por mis orejas y bigotes! ¡Qué tarde se me está haciendo!». A pesar de que Alicia estaba prácticamente detrás de él, cuando dobló el ángulo del pasadizo no vio al Conejo por parte alguna: se encontró sola en un amplio vestíbulo, de techo bajo e iluminado por una hilera de lámparas colgadas del techo.

Alrededor de todo el vestíbulo se veían varias puertas, pero estaban todas cerradas con llave. Después de haberlas probado inútilmente todas, bajando primero por un lado y subiendo luego por otro, Alicia se paseó por el medio de la habitación, pensando tristemente cómo se las iba a arreglar para salir de ahí.

Súbitamente se encontró con una pequeña mesa de tres patas, toda ella de cristal; encima no había más que una pequeñísima llave de oro, y lo primero que pensó Alicia es que quizás le sirviera para abrir una de las puertas del vestíbulo. Pero, desgraciadamente, sea porque las cerraduras fueran demasiado grandes, sea porque la llave fuese demasiado pequeña, el hecho es que no pudo abrir ninguna. Sin embargo, al probarlas de nuevo, descubrió una cortina baja que no había observado hasta entonces, y tras ella encontró una pequeña puercecilla, como de dos palmos de altura: probó la llavecilla de oro en su cerradura y con alegría vio que ajustaba perfectamente.

Alicia abrió la pequeña puerta: daba a un corredor diminuto, no mucho mayor que el de una ratonera. Se arrodilló para mirar dentro de él y vio que al fondo se abría el jardín más maravilloso que pudiera imaginarse. ¡Qué ganas tenía de salir de ese lúgubre vestíbulo y pa-



searse alegremente por entre esos abigarrados macizos de flores y por esas frescas fuentes! Pero no podía siquiera meter la cabeza por ese corredor tan diminuto; «y además, aunque *pudiera* –pensó la pobre Alicia–, ¿de qué me serviría sin los hombros? ¡Cómo me gustaría poder plegarme como un telescopio! Creo que hasta podría hacerlo si tan sólo supiera por dónde empezar». Y es que, como veréis, a Alicia le habían sucedido cosas tan extraordinarias aquel día que había llegado a pensar que poco o nada era en realidad imposible.

Como no le iba a servir de nada quedarse allí pasmada ante la pequeña puerta, Alicia volvió a donde estaba la mesa, casi esperando encontrar sobre ella otra llave o, en todo caso, un libro de instrucciones sobre cómo plegarse como un telescopio. Esta vez, lo que encontró encima de la mesa fue un pequeño frasquito («que ciertamente no estaba aquí antes», dijo Alicia), que alrededor de su cuello tenía colgado un cartelito de papel en el



que se leía la palabra «BÉBEME» hermosamente escrita en grandes caracteres.

Está muy bien eso de andar ordenando «bébeme» por ahí y «bébeme» por allá, pero Alicia, siempre tan lista, no iba a *hacerlo*, así porque sí. «No —dijo—, primero voy a ver si por algún lado dice si es o no “veneno”»; pues había leído preciosas narraciones en las que ciertos niños habían acabado, o quemándose, o devorados por fieras salvajes u otras cosas no menos desagradables, tan sólo por no haber querido hacer caso de las simples advertencias que sus amigos les habían enseñado: como, por ejemplo, que un hierro al rojo quema si no lo suelta uno a tiempo, o que si uno se corta el dedo *muy* hondo con un cuchillo acaba por lo general sangrando; y tampoco había olvidado Alicia que si uno se empeña

en beber demasiado de una botella que diga «veneno», acabará sentándole a uno mal, tarde o temprano.

No obstante, esta botellita no decía «veneno» por ningún lado, así que Alicia se atrevió a probar su contenido; y, como le gustara su sabor (era, en verdad, algo así como una mezcla de tarta de cerezas, flan, piña, pavo asado, melcochas y tostadas calientes con mantequilla), acabó pronto por bebérselo todo.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

«¡Qué sensación más extraña! –dijo Alicia–. ¡Siento como si me estuviera plegando como un telescopio!»

Y así era, en efecto: ahora tenía tan sólo diez pulgadas de altura, y su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía precisamente el tamaño adecuado para poder pasar por la puertecilla y entrar en aquel precioso jardín. Pero primero quiso esperar unos minutos para ver si iba a seguir menguando: esta idea la inquietaba un tanto, pues «a lo mejor resulta que acabo desapareciendo por completo, ya se sabe, como una vela», se dijo Alicia. «¿Qué sería entonces de mí?», se preguntó, intentando imaginarse qué le pasaba a la llama de una vela cuando se la apaga de un soplo, pues no recordaba haber visto nunca nada semejante.

Después de un rato, como vio que ya no le sucedía nada más, se decidió a entrar en el jardín inmediatamente; pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta se encontró con que se había dejado la llavecita de oro,

y cuando fue a por ella, la mesa le quedaba demasiado alta para alcanzarla. Podía verla claramente a través del cristal, e intentó trepar por todos los medios por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y cuando ya desesperó de cuantos esfuerzos hacía, la pobre niña se sentó en el suelo y se puso a llorar.

«¡Vamos! ¡De nada sirve llorar de esta manera! –se dijo Alicia a sí misma con bastante firmeza–. ¡Será mejor que pares ahora mismo, si sabes lo que es bueno!» Es que Alicia solía darse por lo general muy buenos consejos (ahora, que rara vez los seguía), y a veces se regañaba tan severamente que se le saltaban las lágrimas; se acordaba incluso de unas buenas bofetadas que se dio ella misma por haber hecho trampas jugando al *croquet* consigo misma, pues a esta niña tan original le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. «Sólo que de nada me serviría ahora –sollozó la pobre Alicia–, portarme como dos personas, ¡cuando apenas queda *una!*»

Al poco, sus ojos se posaron sobre una cajita de cristal que yacía bajo la mesa; la abrió y vio dentro un diminuto pastelillo sobre el que se leía «CÓMEME» hermosamente escrito con letras de grosella. «Bueno, me lo comeré –dijo Alicia–. Si me hace crecer, alcanzaré la llave, y si me hace menguar, siempre podré deslizarme por debajo de la puerta; de una u otra manera entraré en el jardín, y si es así, a mí qué más me da una cosa que otra!»

Mordisqueó el pastelillo y se dijo ansiosamente: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde?», poniéndose la mano sobre la cabeza para ver en qué dirección iba a empezar

a cambiar. Se quedó bien sorprendida cuando comprobó que no variaba ni en un sentido ni en el otro. Claro que esto es lo que generalmente sucede cuando se comen pasteles; pero es que Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo cuanto le sucediera fuera algo extraordinario, que le parecía francamente una sosada y una estupidez que la vida discurriese normalmente, como si nada.

Así pues, hincó el diente y en poco tiempo dio buena cuenta del pastelillo.

* * * * *

2 El charco de lágrimas

–¡Curiorífico y rarífico! –exclamó Alicia (que estaba tan sorprendida que por el momento ya no sabía ni siquiera hablar correctamente el idioma)–. ¡Ahora me estoy estirando como el telescopio más grande del mundo! ¡Adiós, pies! –gritó, pues al mirar hacia abajo y buscarse los pies con la mirada, se estaban alejando tan rápidamente que parecía como si los fuera a perder de vista de un momento al otro–. ¡Ay, pobres piecitos míos! ¡Quién os pondrá ahora las medias y los zapatos! ¡Yo, desde luego, ya no podré hacerlo! ¡Voy a estar demasiado lejos para preocuparme de vosotros! ¡Tendréis que arregláros las por vuestra propia cuenta como mejor podáis!

«Ahora, que más vale que me ocupe de ellos de alguna manera –pensó Alicia–, o de lo contrario ¡a lo mejor les da por no andar hacia donde yo quiera! Vamos a ver: les regalaré un par de botas nuevas todas las Navidades.»



Y continuó así, haciendo grandes planes sobre la mejor manera de hacerlo. «Tendré que enviárselas por correo –pensó–. ¡Qué gracioso va a ser mandar regalos a los propios pies de una! Y en cuanto a la dirección... ¡no digamos!

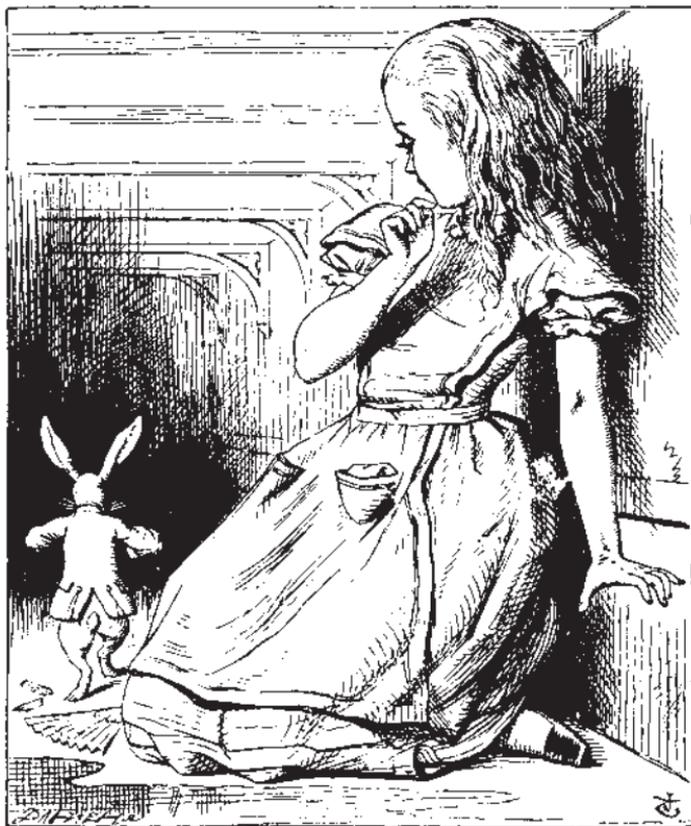
*Al Ilustrísimo Señor
Don Pie Derecho de Alicia
Alfombra de la Chimenea
Cerca del Guardafuegos
(Remite, con mucho afecto, Alicia)*

¡Ay! ¡Qué tonterías estoy diciendo!»

Justo en ese momento, su cabeza golpeó contra el techo; y es que, en efecto, medía ahora más de nueve pies de altura; se apresuró por tanto a coger la pequeña llave de oro y se dirigió lo más rápidamente posible a la puertecilla del jardín.

¡Pobre Alicia! Con ese tamaño, tan sólo lograba ver el jardín con un solo ojazó y tumbada de costado sobre el suelo, y en cuanto a pasar por la puertecilla, era ahora más imposible que nunca. Alicia se sentó en el suelo y se puso a llorar de nuevo.

«¡Debería darte vergüenza –empezó otra vez a regañarse Alicia–, una niña tan grande como tú –(y tan grande; ¡ahora sí que podía echárselo en cara!)– y llorando de esta manera! ¡Te digo que dejes de llorar en este preciso instante!» Pero a pesar de todo continuó llorando como si nada, vertiendo ríos de lagrimones hasta que se hubo formado un verdadero charco alrededor suyo como de unas cuatro pulgadas de profundidad y que llegaba hasta más allá de la mitad del vestíbulo.



Al poco rato oyó un ruido, como de pisadas menudas en la distancia, y se apresuró a secarse los ojos para ver qué era lo que se aproximaba. Era el Conejo Blanco, que volvía, espléndidamente ataviado, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra: venía trotando a toda prisa, diciéndose mientras avanzaba: «¡Ay! ¡La Duquesa! ¡Cómo se va a poner la Duquesa si la hago esperar!». Alicia se sentía tan desesperada en la situación en que se encon-